

ANDREA DALLEDONNE-ROSA GOGLIA, *Cornelio Fabro, pensatore universale*. Frosinone 1996.

La obra reúne intervenciones en la jornada realizada en Frosinone a un año de la muerte del querido Padre Cornelio Fabro. La hermana Rosa Goglia, docente de filosofía en aquella ciudad, laboriosa y entusiasta discípula, nos trasmite muchos datos de su vida y obra. De ella leemos «Cornelio Fabro, discepolo della verità, maestro di libertà» (pp. 11-18), «Nota biografica di Cornelio Fabro» (pp. 51-54) y «Bibliografia di Cornelio Fabro» (pp. 55-117). Otro muy conocido seguidor y amigo, Andrea Dalledonne, se ocupa de «Cenni sul pensiero e sull'opera di p. Cornelio Fabro» (pp. 19-50). Difícilmente se pueden encontrar dos personas más allegadas al gran sacerdote y filósofo para retratarlos su pensamiento, su vida y muerte y su obra. Dalledone sintetiza los cuatro puntos capitales de la filosofía fabriana: 1) Repensamiento crítico-teorético del tomismo; 2) El estudio genético-crítico de la esencia antropocéntrica del pensamiento moderno; 3) La interpretación y reconocimiento de la validez y originalidad del pensamiento de Kierkegaard en la defensa de la dignidad del hombre singular en relación al Absoluto y de la eterna verdad del cristianismo, en oposición al pensamiento moderno «demoledor de toda trascendencia»; 4) La crítica radical del equívoco de fondo de la actual teología progresista que introdujo el *a priori* moderno en la fundación de la dogmática y de la moral (p. 19). Es consciente de la dificultad de la empresa: son sólo bosquejos o apuntes. Una síntesis esencial completa de nuestro autor sería, precisamente con él, un verdadero contrasentido, toda vez que se empeñó «en la superación del racionalismo, del formalismo y por lo tanto de cualquier sistema» (p. 49). A pesar de la elevación especulativa de su objeto, y quizá precisamente por eso, con estricta fidelidad discipular termina con una invitación a imitar al maestro, que «ha dedicado toda su vida a los estudios, siempre inclinado a la investigación teórica a fin de intensificar sin reposo el amor y el servicio a la verdad. Esta actividad debe empeñarnos a cada uno, como él dice, hasta el extremo de las fuerzas» (p. 49).

Para quienes admiramos a Fabro pero por obvias razones, ante todo de distancia, no hemos tenido un trato permanente con él, resulta extremadamente útil el aporte de la Hermana Goglia. En realidad, debieron unificarse sus intervenciones, pues la primera y la segunda contienen en definitiva su biografía, con datos sabrosísimos como los de la p. 16 nota 4 sobre su infancia. La Hermana Goglia se propone componer una bibliografía completa sobre el maestro, para lo cual pide se le escriba (Prof. Sor Rosa Goglia. Istituto Maria De Mattias. Via C. Monteverdi, 38. 03100 Frosinone. Italia. Teléfono/fax 0775 202741). Queda hecha la invitación a los lectores, sobre todo a los muchos seguidores que Fabro tuvo en la Argentina.

Por ella, en este libro, nos enteramos o confirmamos cosas como ésta del querido autor: «El especial reconocimiento que ha tenido en círculos no católicos. Siempre pienso que nuestros pueblos (así Argentina como Italia) son católicos, pero, cual dice Salleron de Francia, una minoría hegemónica en la cultura nos persigue, nos domina, nos margina, y apenas nos tolera. Hasta nos crea el complejo de que somos un escaso grupúsculo a contramano de la historia. A pesar de ello Fabro recibió el grado de «commendatore al merito della cultura» (p. 52), medalla de oro del presidente de la república para los beneméritos de la escuela, la cultura y las artes (año 1964, p. 53), medalla de oro de la cultura (premio Epifania 1968) por la región Friuli-Venezia Giulia (p. 53). Al ganar por concur-

so su cátedra en la Universidad estatal de Perugia fue el primer sacerdote en conseguir algo así en Italia desde 1870 (p. 14). Formó parte de organizaciones académicas como la Fundación Giovanni Gentile para los estudios filosóficos (p. 52) y, desde luego, fue fundador y primer presidente del Centro Italiano di Studi Kerkegaardiani (Potenza, 1987). Ya a los 20 años tuvo su láurea en filosofía. Se dedicó a las ciencias naturales, donde evidenció notables aptitudes. A los 26 años se laureó en teología. Fundó el primer instituto europeo de historia del ateísmo (p. 52). Perito del Concilio Vaticano II. Para él no hubo incompatibilidad entre su vida de estudioso y el desempeño, en más de una ocasión, de funciones directivas universitarias (p. 53). Fue miembro de más de 10 academias. Si tenemos en cuenta la calidad indiscutida y la originalidad de sus trabajos, esto es que no se caracterizaba por su preocupación desordenada por publicar, la dimensión cuantitativa de su producción adquiere un relieve impresionante». La Hermana Goglia trae la más completa bibliografía que conozcamos, aunque señala que sería sólo el 85% de ella, y expresamente señala no haber podido obtener una suma ingente de recensiones de un período juvenil. Así y todo tenemos 37 libros, 34 de ellos aproximadamente de autoría exclusiva, y una nómina de artículos que abarca 53 páginas, lo que haría, en definitiva, alrededor de 1000 títulos de los más variados pero unificados en sus grandes preocupaciones nucleares. De los numerosos cursos dados muchísimas veces compuso apuntes (*dispense*). Menciona 10 libros ya publicados sobre Fabro. Volvamos a datos de su vida: relata su gravísima enfermedad, ni la primera ni la única, a los tres años, cuando su preocupada madre lo llevó al santuario della Madonna delle Grazie, en Castelmonte, y lo colocó sobre el altar, logrando del cielo la milagrosa curación y, para siempre, la devoción del hijo a la Santísima Virgen. De niño estuvo siempre enfermo y era considerado un anormal, hasta que en cada paso escolar descolló y fue reconocido y premiado como eminente. Nos enteramos también de anécdotas de Fabro sacerdote, de sus partidos de fútbol con los chicos de la parroquia, de su emoción ante la Santa Misa, de los días de la última enfermedad y su testimonio cristiano ante el dolor. Así como de su socrática humildad: «Eppure, che ho fatto? Sono più ignorante di prima!» (p.18 nota 7: dicho en su lecho en el hospital).

Nos enteramos también cómo para nuestro autor, en atención a sus notables y reconocidas condiciones para la música y para las ciencias naturales, su elección por la filosofía implicó real sacrificio de aquellas vocaciones. A menudo dijo que debía desposar a una sola dama. Y se casó con la filosofía (cfr. p. 12: «Perché non divenne musicista», y «Perché non divenne scienziato»). Sólo nos cabe decir que fue, a la verdad, un matrimonio sacrificado, fecundo y feliz.

La agradecida discípula comienza su tarea con palabras que son como un eco del maestro, que lo retratan, y que presentan la simbiosis fabriana de sabiduría y libertad: «El filósofo verdadero es un maestro que ... te comunica una sabiduría radical, de manera silenciosa, casi inadvertible y con la sensación de que todo esto que has adquirido, es obra tuya, de tu libertad» (p. 11). Quien recorre los títulos de sus escritos puede verificar la coherencia entre pensamiento y vida, entre lo que ha teorizado y lo que ha vivido existencialmente. Más de uno ha destacado y también escrito que el lecho de su dolor ha sido una cátedra de enseñanza. Su vida, su enfermedad y su muerte han sido la firma de todo aquello que ha escrito» (p. 120).